



INFLUENCIA DE LA PRENSA ESCRITA NORTEAMERICANA EN LA PERSPECTIVA DE UNA CRISIS POLITICA NACIONAL

JESUS HERNANDEZ GARIBAY*

“Mister Hearst posee territorios extraordinariamente extensos en México, y Mister Hearst sabe muy bien que si México es invadido y anexado por Estados Unidos, el valor de sus propiedades allí se multiplicaría varias veces. Por eso los periódicos de Hearst han sido utilizados, durante quince años, como medio para provocar una guerra contra México”

Upton Sinclair, *The Jungle*, Nueva York 1926

Tan sólo el anterior epígrafe, escrito cuando todavía estaban frescos en la memoria los acontecimientos de la Revolución Mexicana de 1910-17 y las nuevas intervenciones armadas norteamericanas en México en 1914 y 1916, muestra la importancia que la prensa norteamericana ha llegado a tener en momentos históricos de nuestro país, donde el caso mencionado por el escritor norteamericano Sinclair no es sino uno de varios en donde ese medio de comunicación ha jugado un papel digno de tomarse en cuenta. La propia anexión de Texas y la consecuente guerra de 1847, la expropiación de la industria eléctrica y de la industria petrolera de manos norteamericanas, la intención de diversos gobiernos de México de llevar adelante los postulados agrarios de la Revolución, son otros tantos momentos en donde la gran prensa estadounidense tuvo una actuación en torno a ellos.

No por menos ha sido advertido en años pasados acerca de la existencia de “campañas contra México”, sobre todo en momentos de especial dificultad para el país. En los últimos tiempos, durante el mes de marzo de 1986, en el contexto de los problemas económicos mexicanos, recientes las consecuencias del terremoto de septiembre de 1985 y ante una nueva baja en los precios internacionales del petróleo que agravaba aún más la problemática financiera del país, en la prensa norteamericana se reinició el análisis y la opinión acerca de los diversos problemas por los que transitaba México como consecuencia de la crisis.

A este respecto decía el periódico *The Washington Post*: “El escenario de pesadilla en el que pocos quieren pensar, representa un colapso real

*Profesor Comisionado de la Dirección General de Orientación Vocacional al Centro de Investigaciones sobre Estados Unidos de América, UNAM.

surgido a raíz de los terremotos del año pasado y de las feroces batallas por la corrupción a altos niveles. Un colapso así podría conducir a la violencia generalizada o incluso a la guerra de guerrillas...".¹ La revista *Newsweek*, por su parte, sostenía por esas mismas fechas que "México parece un país en peligro de ser arrollado por su propia ineficiencia, contaminación, pobreza y corrupción; un país que se pudre desde su interior".² Tiempo después, hacia junio del mismo año, la Subcomisión del Hemisferio Occidental del Senado estadounidense, presidida por el republicano Jesse Helms, iniciaba en un ambiente de tensión binacional un "análisis sobre la situación global de México", en sesiones que levantaron gran polémica en medios mexicanos y aún norteamericanos.

Como se recuerda, también durante 1982 se había presentado lo que fue definido como una "campana contra México" por parte de diversos sectores norteamericanos y de la propia prensa de aquel país, lo que a varios especialistas llevó a cuestionarse acerca de su real existencia y a sugerir la necesidad de revisar tanto el alcance de ésta como su significado para las relaciones entre ambos países. Distintos estudiosos mexicanos y norteamericanos intentan coadyuvar a la comprensión de ello, planteando diversas hipótesis.³

Paz Consuelo Márquez destaca los que a su juicio son elementos que explican el comportamiento de la prensa estadounidense, hablando de "la coincidencia de intereses entre la prensa y el gobierno norteamericano, el carácter comercial y competitivo de la prensa y una desconfianza, no racionalizada, del sistema político mexicano", como aquello que en lo fundamental ha promovido en años pasados tales hechos. Por su parte, John Bailey afirma que "las quejas acerca de campañas noticiosas diseñadas con el propósito de desestabilizar a México son tan erróneas como peligrosas. Son erróneas porque los medios de comunicación en Estados Unidos operan de acuerdo con su propia lógica interna, con una independencia considerable —aunque no total— de las otras fuerzas."⁴

A mí en lo personal me resulta todavía difícil valorar cuánto contribuyeron los medios de comunicación y específicamente la prensa escrita — en el contexto de las audiencias Helms y las escaramuzas de los entretelo-

¹ Edición marzo 3, 1986.

² Citado en la Revista *Proceso*, marzo 24, 1986, p. 8.

³ Ver, por ejemplo, de MARQUEZ PADILLA, Paz Consuelo. "Campana en contra de México: ¿mito o realidad?" en BENITEZ MANAUT, Raúl *et al.*, comps. *Viejos desafíos, nuevas perspectivas: México-Estados Unidos y América Latina*, UNAM-Porrúa, México, 1988; y de RODRIGUEZ ALEJANDRE, Raúl. *El espejo roto: visiones de la prensa norteamericana sobre el sistema político mexicano*, Tesis de la Maestría en Economía y Política Internacional, Centro de Investigación y Docencia Económica, México, 1986. Ver también de BAILEY, John. "México en los medios de comunicación estadounidenses, 1979-1986. Implicaciones para la relación bilateral" en COATSWORTH, John H. y Carlos Rico, coords. *Imágenes de México en Estados Unidos*, trabajos preparados para la Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.

⁴ En *Op. cit.*, pp. 225 y 78, respectivamente.

nes diplomáticos de 1986— a que las tensiones binacionales subieran de tono hasta el grado de llevar al Senado norteamericano a cuestionar la “viabilidad institucional y estructural” de nuestro país. Pero lo más lógico realmente es suponer que sí coadyuvaron a crear en ese entonces un enrarecido clima, que sólo mejoró un poco a partir de la eventual visita del presidente mexicano Miguel de la Madrid a Washington.

Por fortuna, dicen muchos mexicanos y aun norteamericanos, de entonces acá las relaciones entre los gobiernos de México y los Estados Unidos han mejorado notablemente y hoy se habla de un “Espíritu de Houston” e inclusive de una “luna de miel binacional”. Por ello no resulta sorprendente que a diferencia de años anteriores —como en el caso de la visita realizada por el propio Miguel de la Madrid a Washington, en el contexto de la cual fuera incluso implicado en sus lazos familiares con el narcotráfico en un programa de televisión— la última reunión de los presidentes Salinas y Bush en la capital norteamericana haya sido en general bien recibida por la prensa estadounidense.

No obstante, a pesar de esta mejoría en el tono de las relaciones diplomáticas, lo que es obvio es que en México existen grandes intereses estadounidenses y que la posibilidad de una crisis política y social de grandes proporciones preocupa todavía a diversos sectores, por lo que cabe preguntar: ¿cuál podría ser la respuesta de la gran prensa norteamericana ante una eventual situación crítica mexicana?

1. LA CRISIS EN MÉXICO

La posibilidad de una cercana crisis social y política en nuestro país puede ser cuestionada por muchas personas, sobre todo a partir de la relativa solución que han tenido diversos asuntos del llamado México “modernizado”. Hay incluso quienes con entusiasmo consideran tal el alcance de las nuevas condiciones políticas, que asumen como una verdad irrefutable la existencia de un “México nuevo” en los próximos tiempos.

Independientemente del apego emocional o partidista que tal aseveración pudiera tener para diversos mexicanos, lo cierto es que las acciones del presidente Carlos Salinas de Gortari en torno a la corrupción, a más de la política económica que a muchos entusiasma tanto, promueven la idea de que por esa vía el país va en camino de solucionar sus más graves problemas.

De la crisis mexicana se ha hablado en los últimos años y si bien en este periodo ya nadie niega su existencia —como fue el caso durante los setentas cuando se pensaba que los problemas vividos entonces eran resultado sólo de un tropezón sufrido— lo que se considera es que a pesar de su permanencia, el país se acerca en épocas recientes a las puertas de su solución.

No obstante, preocupa el hecho de que muchos de los problemas persistan, por lo que es importante valorar con mayor rigor las verdaderas

posibilidades de que México haya resuelto a estas alturas una crisis económica como la que tanto le ha agobiado sobre todo durante los pasados diez años, tratando de comprender su naturaleza para entender si es posible, en un corto o mediano plazo, la manifestación de una crisis social y política de gran envergadura que pueda implicar incluso una respuesta extranacional.

Siendo la nuestra una formación social capitalista, expuesta inevitablemente a las mismas leyes objetivas del desarrollo del capital en cualquier lugar, sería necesario entonces detenerse a considerar la trascendencia de la crisis bajo el capitalismo, para tratar de apreciar la viabilidad de que una crisis como la que hoy vive el país haya alcanzado un punto de solución.

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial el capitalismo inicia una etapa de expansión sin precedente, que hace pensar que la época de las grandes crisis, como la de los años treinta, ha concluido. Durante los años cincuenta, como resultado de ello, científicos sociales franceses, ingleses y norteamericanos reflejan ese optimismo en sus propios escritos. Surgen así en ambos lados del Atlántico visiones futuristas que hablan de la "sociedad postindustrial", de la "convergencia de sistemas" o de la "sociedad mixta".⁵

Con tales teorías se intentaba reconocer en todas aquellas tendencias de la posguerra la esencia de los cambios que a nivel mundial se desarrollaban. Así, a las tendencias objetivas que mostraban la formación, crecimiento y desarrollo del sistema socialista mundial se les aceptaba como inevitables, pero se advertía la "vía occidental" como un camino paralelo para aproximarse al futuro "postindustrial" de la humanidad; a las tendencias objetivas que implicaban un acelerado proceso de socialización de la producción y un predominio cada vez mayor del capitalismo monopolista de Estado, fueron interpretadas como el surgimiento de una "sociedad mixta" o de una "economía mixta"; a las tendencias objetivas de la revolución científico-técnica, resultado de la influencia monopolista en el desarrollo de las fuerzas productivas, eran tomadas como si la organización de la administración en el proceso de la producción y el avance tecnológico fueran los únicos índices del progreso social en general.

La crisis económica de los años sesenta viene a estremecer las bases de tales ilusiones y aun cuando a finales de los ochentas, como resultado de otro largo periodo de expansión en los Estados Unidos, resurgen las ideas de que el capitalismo ha superado por fin sus contradicciones para dirigirse —ya declinante supuestamente el socialismo— a la mejor de sus épocas, lo cierto es que la más profundamente crítica situación de los setentas y los problemas de los ochentas, todavía no resueltos en el fondo, resultan en desencanto y no dejan de producir desasosiego.

La crisis, ha sido mencionado, es un momento en el cual el proceso de reproducción se altera y se interrumpe, provocando rupturas que buscan

⁵ Ver los trabajos de teóricos de la sociología y politología occidental como Lipset, Aron o Schlesinger, entre otros.

restituir las condiciones anteriores del ciclo a través de una solución violenta que restablece, por el momento, el equilibrio perturbado. Durante el periodo premonopolista, el capitalismo sufre crisis cíclicas consideradas como clásicas: a un periodo de auge donde la sobreproducción abarrotó los mercados y donde la sobreacumulación es incapaz de hacer frente a una cada vez más alta composición técnica y orgánica de capital —hecho que implica necesariamente la desvalorización de éste— sigue un periodo de recesión que permite al sistema desacelerar su producción, agotar parte de su riqueza y garantizar así una nueva valorización y con ello la elevación de la tasa de ganancia. O en otras palabras, la crisis es el resultado de la acción de los mecanismos de regulación que el propio sistema genera para controlar su anárquico desenvolvimiento. En este sentido, la crisis intenta *contrarrestar* los efectos de la tendencia descendente de la tasa de ganancia inherente al proceso de acumulación de capital.

El tránsito del capitalismo de libre competencia al monopolista crea nuevas condiciones para la actuación de la ley del valor y, por tanto, del sistema de regulación. La acción de modificar los precios e imponer el *precio de monopolio* altera el funcionamiento del mercado trastocando, a la vez bajo la acción del Estado, el proceso de acumulación. La regulación, de ser un mecanismo espontáneo de las fuerzas del mercado se convierte en una *necesidad consciente*, lo que no significa —como por el contrario el propio Estado declara e intenta— que pueda lograrse una verdadera planificación de la economía, imposible bajo la anarquía reinante del sistema, sino sólo encauzarla a través de diversos mecanismos de regulación para garantizar el proceso de acumulación.

La crisis actual, denominada por algunos especialistas de *largo plazo* y que se caracterizó en la década de los ochenta, entre otros de sus rasgos, por la llamada *crisis de la deuda*, a pesar de la aparente salud del sistema, muestra precisamente el desgaste de esos mecanismos de regulación monopólico-estatales en la forma de un debilitamiento de la capacidad y posibilidades del crédito internacional y nacional, del lastre representado ahora por las, en otros tiempos, más eficaces empresas estatales, de una persistente inflación manifiesta o latente, etcétera.

Así pues, una crisis de la naturaleza que hoy sufre el capitalismo a nivel mundial, afecta profundamente su funcionamiento tanto en la estructura productiva como en las relaciones de producción y agudiza la contradicción entre ambas, y sus efectos se viven en lo nacional y en las relaciones internacionales, en el ámbito no sólo económico sino a la vez social y político; una crisis de una profundidad y alcance mucho mayor a la de otras en el pasado y que, como en las dos guerras mundiales, lograron ser superadas —así fuera parcialmente— por la vía del armamentismo, hoy incluye nuevos y más complejos elementos no presentes aún en décadas anteriores y que a la vez forman parte de la crisis general del sistema.

En América Latina, como el tiempo lo demostró, ni las divisas ni la inversión hacia la región por parte de los capitales financieros e industriales transnacionales y fundamentalmente norteamericanos —que durante los

años cincuenta y sesenta se habían desarrollado como nunca antes— permiten finalmente dar cauce a la estrategia en boga de la sustitución de importaciones y sí, por el contrario, provocan una mayor dependencia que en épocas anteriores. Así, a la par del fracaso por salir del subdesarrollo a través de esa vía, la pérdida de eficacia de esos mecanismos de regulación derivan en el inicio de la crisis de largo plazo que duraría también en esta región hasta nuestros días.

Como se sabe, a causa de distintos motivos, en la mayoría de los países latinoamericanos se confiaba en el flujo de divisas de los países industrializados para encontrar una salida a problemas que comenzaban a mostrar la debilidad estructural de nuestras economías. El salvavidas del petróleo, en el caso mexicano, daba la pauta para un endeudamiento sin precedente, que fortalecía las posibilidades de un desarrollo dentro del subdesarrollo, pero constituía un riesgo, en la medida en que se sustentaba en las posibilidades de un inestable mercado internacional.

El derrumbe del precio mundial del crudo en el contexto del endeudamiento y la debilidad estructural del capitalismo mexicano, da origen al inicio de la más grave crisis financiera del país, que se supone una *crisis de caja*, pero que en realidad no corresponde sino sólo a una parte, a la vez que a un nuevo momento, de la misma crisis de largo plazo en marcha lustros atrás.

La crisis mexicana se encuentra inmersa en el anterior contexto y sus perspectivas tienen los mismos alcances, si bien con las particularidades propias de su formación social, porque se enfrenta a las mismas leyes y a los mismos obstáculos para su solución, lo que supone que no está exenta bajo ninguna circunstancia de un eventual agravamiento que implique una fase más avanzada de la crisis política, por lo demás ya vigente al parecer en un nuevo momento, como lo dejan ver los diversos acontecimientos de 1988.

2. IMPORTANCIA DE LA PRENSA EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

No sólo por nuestro propio caso sino por muchas razones más, nadie puede dudar hoy de la importancia que tienen los medios masivos de comunicación en las relaciones internacionales del mundo actual. A este respecto hace ya más de veinte años indicaba el especialista norteamericano Wilbur Schramm: “El mutuo entendimiento entre las naciones... o la manipulación de eventos y mensajes por parte de una nación para influir en las políticas de otra, han sido [hechos] de interés humano por miles de años ...”⁶

Pero más recientemente, los cambios en el panorama mundial y parti-

⁶ “Special problems of achieving an effect with international communications” en SCHRAMM, Wilbur *et al.* *The process and effects of mass communications*, University of Illinois Press, Urbana, 1965, p. 431.

cularmente los habidos a partir de la década de los setenta han actualizado dicho interés y motivado a impulsar su desarrollo. En este sentido opinaban dos connotados expertos de la RAND Corporation cuando destacaban de manera muy calculadora: "... la información internacional, la propaganda y la guerra psicológica hoy, constituyen un esfuerzo en el que miles de individuos altamente entrenados están siendo contratados y cuyas posibilidades se volverán muy significativas en los años venideros".⁷

O como lo plantea de manera precisa un grupo de investigadores de la Escuela del Pentágono, resumiendo el punto de vista dominante en las esferas oficiales norteamericanas:

En este globo cada vez más pequeño, todas las sociedades, todas las culturas se hallan implicadas en una insoslayable competencia en aras de la preminencia y la sobrevivencia. Las que modelen el futuro de mañana [sic] serán las que podrán proyectar su imagen, ejercer una influencia predominante y un control de largo alcance.⁸

Si lo que queremos es que triunfen nuestros valores y nuestro estilo de vida —dice el mismo grupo— no tenemos más remedio que competir con otras culturas y otros centros de poder —imponiendo a otros países— los métodos de las empresas, las técnicas bancarias y comerciales norteamericanas, y también nuestros sistemas y nuestros conceptos jurídicos, nuestra filosofía política, nuestra manera de comunicar, nuestras ideas de movilidad, y una cierta forma de considerar las artes y las letras propias de nuestra civilización.⁹

Para este propósito, como se sabe, el propio gobierno estadounidense cuenta con mecanismos establecidos, a través de los cuales intenta orientar al conjunto de los medios de comunicación con programas y metas específicas, apoyándose en lo fundamental en sus oficinas centrales de información (*U.S. Information Agency-USIA* y *U.S. International Communications Agency-USICA*), las que tratan de homogeneizar e integrar el contenido y la forma de la información, de manera incluso organizada, que implica una intromisión directa en el curso de la labor de los medios informativos, al menos en lo que a política exterior se refiere.

Como lo menciona Eudes, "Las preocupaciones y las ideas-maestras de la exportación de información y de cultura oficial se concretan...en una lista de temas estable ..." que constantemente es reformulada y transmitida sutil o abiertamente a los medios informativos y que corresponde a intereses que el propio gobierno estadounidense trata de promover, tales como: la política económica de los EUA, Norteamérica en el mundo, la vida política nacional, la libre circulación de las ideas, o la postura esta-

⁷ DAVIDSON, W. Phillips y George, Alexander L. "An Outline for the study of International Political Communication" en SCHRAMM, Wilbur *et al.* *Op. cit.*, p. 436.

⁸ Citado en EUDES, Y. *La colonización de las conciencias*, Ediciones G. Gili, S.A., México, 1984, p. 207.

⁹ *Ibidem.*

dounidense frente a la Unión Soviética y el «comunismo internacional», entre otros.¹⁰

La infraestructura creada para ello por supuesto es extraordinariamente amplia y compleja. Pero el asunto importante es que va más allá de la propia capacidad gubernamental y tiene que ver con la propia industria de la comunicación, que significa enormes corporaciones donde el negocio de la información se entrelaza con muchos otros, representando los medios una amplia gama de posibilidades para una infinidad de empresas de las que los grandes consorcios son los más beneficiados.

Como dice Hamelink,

Tanto en términos de *hardware* como de *software*, la comunicación internacional es una rama importante de la actividad industrial. Las empresas que poseen intereses considerables en la comunicación internacional figuran entre las mayores empresas industriales del mundo. De acuerdo a las listas de [la revista] *Fortune*, entre el 10% y el 15% de las 500 empresas industriales mayores tienen intereses en el campo de la comunicación.¹¹

En efecto, se sabe que la producción y distribución internacional de bienes y servicios de comunicación están básicamente sustentadas en unas 80 empresas transnacionales, siendo las más importantes I.T.T. (*International Telephone and Telegraph*), I.B.M. (*International Business Machinery Corp.*), Honeywell, R.C.A. (*Radio Corporation of America*), A.T.T. (*American Telephone and Telegraph*), Warner, Time y otras, en más de un 60% de origen norteamericano.

Un ejemplo del entrelazamiento existente entre las empresas de la comunicación y otras en los Estados Unidos es el caso de tres de los más grandes bancos norteamericanos, acreedores a su vez de muchos países tercermundistas (*Bank America Corp.*, *Citicorp* y *Chase Manhattan Corp.*) que poseen entre el 7% y el 13% de las acciones comunes de las industrias clave de la comunicación estadounidense. Un caso particularmente interesante es el del *Chase Manhattan Corp.* que posee una buena cantidad de acciones con derecho a voto en *General Electric*, *Westinghouse*, I.T.T., I.B.M., R.C.A., Litton, C.B.S. (*Columbia Broadcasting System*), A.B.C. (*American Broadcasting Company*), Xerox, Time, New York Times y otras.¹²

Cierto que el problema es sumamente complejo y que no podría afirmarse que el poder económico de un empresario individual tendría hoy la capacidad de mover toda una corporación noticiosa en beneficio de sus intereses particulares en otro país. A este respecto, menciona Bailey:

¹⁰ En *Ibidem*, p. 218 y ss.

¹¹ HAMERLINK, Cees J. *The Corporative Village. The Role of Transnational Corporations in International Communication*, International Documentation and Communication Centre, Roma, 1977. Tomado de la versión en español: *La aldea transnacional. El papel de los trusts en la comunicación mundial*, Editorial G. Gili, Barcelona, 1981, p. 103.

¹² *Ibidem*, p. 107.

Por lo general, quienes apoyan la tesis de conspiraciones en la información sostienen que las élites económicas controlan tanto al gobierno como a los medios informativos. Incluso llegan a afirmar que un solo individuo, por ejemplo un banquero o un industrial, puede —ya sea directamente o a través de títeres previamente elegidos— dar instrucciones a editores o productores con una simple llamada telefónica. Este estereotipo podría ser relativamente cierto en casos de compañías que monopolizan la información en ciertos condados estadounidenses, pero a nivel regional o nacional las relaciones son sin duda más complejas y dinámicas.¹³

A lo anterior hay que agregar que, por ejemplo, con el denotado fin de no abandonar a los medios informativos en manos de negocios privados y en detrimento del bien colectivo, la legislación norteamericana prevé la posibilidad de regular su desenvolvimiento a través de distintos organismos a nivel nacional, como la *Federal Communications Commission* (FCC-Comisión Federal de Comunicaciones) o la *Office of Telecommunications Policy* (OTP-Oficina de Política de Comunicaciones). La FCC, en virtud de ello, supervisa y controla desde 1934 todas las actividades civiles en el campo de la comunicación, basada en el *Communications Act* (Acta de Comunicaciones), según la cual dicha Comisión consta de siete miembros, nombrados por el presidente de Estados Unidos de acuerdo con el Senado y los cuales no deben tener ningún móvil económico o de otro tipo en la explotación de un medio. A la vez, la FCC informa a la Cámara de Representantes y no está permitido que más de cuatro de sus siete miembros pertenezcan al mismo partido político.¹⁴

El propio Clay T. Whitehead, director de la OTP y a la vez probablemente el individuo más influyente de las políticas de la FCC, propugnaba en 1974 por una limitación de los controles e influencias del gobierno sobre un nuevo medio: la televisión por cable, hablando de la necesidad de “garantizar el desarrollo del cable como medio de comunicación que esté abierto a todos y sea libre de la concentración excesiva del poder privado e independiente del control del Gobierno”.¹⁵

No obstante esta condición de aparente neutralidad que supuestamente garantizaría un valladar en contra de los «egoístas intereses» privados y públicos, y los buenos deseos de individuos como Whitehead, el resultado es otro, puesto que a estas alturas son sólo unas veinte compañías las principales propietarias de la televisión por cable en los Estados Unidos; entre ellas, monopolios tan importantes como *Hughes Aircraft*, *Warner Communications*, *Gulf & Western*, *CBS*, *RKO*, *Transamerica*, *Time-Life* y *General Electric*.¹⁶

¹³ En *Op. cit.*, p. 81.

¹⁴ Ver “Situación actual de los nuevos medios y la evolución internacional” en RATZKE, Dietrich, *Hanbuch der Neuen Medien. Zweite, erweiterte und aktualisierte Auflage*, Deutsche Verlags-Anstalt GmbH, Stuttgart, 1982. Versión en español: *Manual de los nuevos medios*, Ediciones G. Gili, México, 1986.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 279.

¹⁶ HAMERLINK, Cees J. *Op. cit.*, p. 148.

Como lo explica Ratzke:

El desarrollo de las nuevas técnicas hace que cada vez en mayor grado sean empresas ajenas a la prensa las que se incorporen al sector de las comunicaciones de masas, aprovechando inicialmente las múltiples posibilidades de los medios nuevos y creando, cuando disfrutan de rentabilidad, empresas propias que compiten agresivamente con los medios convencionales...¹⁷

De esta manera, resulta demasiado obvio que la cantidad de intereses que se encuentran involucrados en los medios masivos de comunicación o incluso únicamente en la prensa escrita son de tal monta que rebasan en efecto las meras tentativas de explicar la conducta de ésta en situaciones como las mencionadas para el caso de México, como una expresión de preocupaciones trasnochadas o tan sólo a partir de la competencia y el amarillismo moralista de algunos de los periodistas de la gran prensa estadounidense.

3. LA PRENSA NORTEAMERICANA Y LA CRISIS MEXICANA

De manera general, diversas fuentes especializadas coinciden en ilustrar que hasta mediados de los setenta la prensa norteamericana hablaba de México tan sólo como un indio dormido bajo un sombrero. Después de esa época, sin embargo, el auge petrolero otorga a nuestro país perspectivas de liderazgo regional, convirtiéndose este hecho en un importante ingrediente de las relaciones bilaterales. Coincidentemente, el cambio revolucionario en Nicaragua y la conflictiva situación en El Salvador y Guatemala promueven la idea en la visión estadounidense, de que México se enfila como la *última ficha* del tablero geopolítico Este-Oeste en la región.

Pero no es sino hasta unos años después cuando se pretende que aquello sobre lo que sólo se había especulado hasta esos momentos, en efecto podría supuestamente convertirse en una amenaza para la *seguridad nacional* de los Estados Unidos. En este sentido el primer semestre de 1982 marca el inicio de una nueva etapa en las relaciones binacionales. La crisis, iniciada una década atrás y que comienza a agudizarse a partir de esos momentos a raíz de la caída de los precios internacionales del petróleo y los problemas financieros y estructurales que este hecho evidencia, impacta la conciencia de diversos sectores estadounidenses y una verdadera ola de especulación y exageraciones se desata en los medios informativos anglosajones. Mientras el periódico oeste-alemán *Die Welt* afirma que México vive en esa ocasión "la más grave crisis de su historia", la revista inglesa *The Economist* califica de burros a los banqueros por prestar dinero a nuestro país y en tanto el periódico londinense *The Times* convoca a "guardar lágrimas para llorar por México", el diario norteamericano *The Christian*

¹⁷ RATZKE, Dietrich. *Op. cit.*, p. 304.

Science Monitor opina que esa crisis es “de desconfianza, corrupción y liquidez”.¹⁸

Hasta donde se sabe por la propia prensa, en aquella ocasión el punto de partida de ese espectro de opiniones fueron los comentarios hechos por el entonces embajador John Gavin en un programa especial de televisión transmitido por la cadena ABC norteamericana el domingo 25 de julio, donde en referencia a la fuga de capitales en marcha, dijo: “Pienso que es...un problema de confianza. Es un problema del pueblo mexicano que quizá siente que, en este momento, las instituciones no son tan confiables como deberían serlo”.¹⁹

Ante las protestas del gobierno y la opinión pública mexicanos, comunicados de la embajada norteamericana intentaron matizar dichas insólitas declaraciones, culpando al editor de la ABC de haber manipulado las palabras de Gavin. El hecho es que tales declaraciones hicieron aflorar en el ambiente binacional las preocupaciones estadounidenses y las demandas norteamericanas de un México estable se pusieron a la orden del día. Bill Redeker, conductor mismo del programa especial de la ABC en el que participó Gavin, sintetizó tales preocupaciones al decir: “Una crisis de confianza está amenazando la credibilidad del sistema unipartidista de la nación. [México] no es inmune a esos levantamientos en Centroamérica”.²⁰

El mes de agosto, como se recuerda, fue el momento más crítico de la situación nacional y también binacional. Una ola de rumores que se atribuyeron a esa “pérdida de credibilidad” en el gobierno se diseminó por el país. De acuerdo a los distintos medios de comunicación estadounidenses, México se encontraba entonces “al borde del precipicio”. Volantes que se repartieron de casa en casa y de oficina en oficina por no se sabe qué fuente, llamaron a la población a responder a supuestos altercados personales del presidente de la República con miembros de su gabinete, así como a la corrupción generalizada de los funcionarios oficiales y al fantasma de la escasez y la hambruna que pretendidamente debían cernirse sobre una población desesperada.²¹

Por supuesto que la preocupación norteamericana por lo que pudiera en ese momento suceder en México, en virtud de los grandes intereses involucrados y el desconocimiento general de nuestro país por parte de la opinión pública de los Estados Unidos, explicaba en mucho la reacción habida. El amarillismo y el moralismo de una prensa que reproduce cotidianamente las tradicionales tesis de la política exterior estadounidense, de pretender un mundo democrático «a imagen y semejanza», también estaba presente. Pero el amarillismo juega un papel definido, como bien se entiende, en las relaciones internacionales actuales y en el caso de las rela-

¹⁸ Ver amplia reseña de prensa en la Revista *Proceso*, agosto 30, 1982, pp. 23 a 25.

¹⁹ Ver *Ibidem*, agosto 2, 1982, pp. 26 y 27.

²⁰ Ver *Ibidem*, p. 27.

²¹ Ver “Crónica de una nota falsificada” en Revista *Proceso*, septiembre 6, 1982, p. 34.

ciones binacionales los grandes intereses transnacionales están redobladamente vigentes.

El papel de la prensa, en estas condiciones, no sólo es entonces el de un mero informador que trata de ser objetivo pero a la vez suficientemente atractivo para sus lectores en un medio altamente competido. Tampoco solamente el de una simple caja de resonancia de preocupaciones basadas en la ignorancia de sectores norteamericanos en torno a México. Además de ello, tiene la posibilidad de convertirse en un activo e importante apoyo de propuestas hechas al país por grupos dominantes transnacionales a partir de 1982 y durante los siguientes cuatro años, que se concretarían eventualmente en medidas de política económica acordes con intereses más extranacionales que mexicanos.

Hechos como estos, que por el momento sólo me permito enunciar, han estado pues implicados en relación al comportamiento binacional de diversos medios informativos norteamericanos que, como se sabe, en nuestro país han establecido una de las redes más extensas de servicios pertenecientes a grandes corporaciones noticiosas, quiénes al fusionarse con importantes bancos y formar así poderosos grupos financiero-informativos, además de influyentes diarios poseen en los Estados Unidos revistas especializadas y de divulgación general, canales de televisión y estaciones de radio, a través de los cuales alcanzan un gran poder de penetración ideológica y aún política internacional y, en este caso, binacional.

Así, a las agencias norteamericanas de prensa más poderosas, AP (*Associated Press*) y UPI (*United Press International*), se suma un selecto conjunto de revistas como *Newsweek*, *Time*, *BusinessWeek*, *Fortune* y otras, además de diarios como *The New York Times*, *The Wall Street Journal* o *The Washington Post*, leídos todos de manera mucho más amplia de lo que se llega a suponer en países como el nuestro, por secretarios de Estado, empresarios, intelectuales, políticos, trabajadores, estudiantes y hasta amas de casa, quiénes a la vez que resienten presiones de la opinión pública norteamericana como las hechas en los momentos acotados, también forman su opinión sobre esa base.²²

Aún más, una investigación, dada a conocer en septiembre de 1973 por Peter Shenkel, muestra para el caso de México la existencia de dos grandes agencias de información (*Notimex* de corte oficial e *Informex*, privada), en torno a las cuales menciona:

Ambas ofrecen una cobertura completa de las noticias. Sin embargo, no han tenido éxito sus esfuerzos por quebrar el tradicional monopolio de las gran-

²² Recientemente se indicaba en el evento denominado Cuarto Mercado Latinoamericano del Audiovisual, llevado a cabo en la Ciudad de México por la Unión Latinoamericana y del Caribe de Radiodifusión, que de acuerdo con datos de la Organización Internacional de Periodistas hasta 1988 los Estados Unidos controlaban el 75% de la circulación mundial de programas de televisión, el 50% del cine, el 60% de los discos y cassettes, el 89% de la información comercial y el 65% de las informaciones noticiosas (ver periódico *La Jornada*, septiembre 27, 1989).

des agencias extranjeras en el tráfico de la información internacional. Aunque Informex ha obtenido una clientela de cierta importancia, los tres grandes servicios de AP, UPI Y AFP monopolizan... el 90% de la distribución y se han dividido en tres partes iguales el espacio asequible en la prensa para las noticias internacionales. En un segundo plano están Reuters, EFE y ANSA... De los once diarios de Ciudad de México, diez están suscritos a AP y AFP, nueve a UPI, siete a EFE, tres a ANSA. Sólo dos, los menos importantes, se suscriben a Informex y uno a Notimex. El Telesistema [Televisa al presente], por ejemplo, recibe los servicios de AP, UPI, AFP, Reuters, EFE e INFORMEX; la cobertura de Telefotos procede de NBC y de CBS, además de lo filmado por Visnews.²³

La situación actual no es desde luego exactamente la misma, pero es de esperar que, dado el poder de cobertura y penetración de los monopolios informativos extranjeros y particularmente norteamericanos en México, no haya cambiado demasiado.

Así, elementos de este corte van conformando un complejo universo en el que se entrelazan cuestiones de muy diverso carácter: no sólo aquellas que tienen que ver con la manera como actúan los medios de comunicación o los intereses involucrados en tales acciones hacia países como el nuestro, sino a la vez las que tienen que ver con el papel que cumplen en general y más específicamente el que pueden llegar a cumplir en caso de un conflicto donde esos mismos intereses estén en juego; sobre todo en la medida en que, como ha sido mencionado en diversas ocasiones, el factor denominado *seguridad nacional* se implique en esos mismos medios, entreverado por supuesto con los grandes intereses monopolistas privados, nacionales y transnacionales.

4. PERSPECTIVAS HACIA LOS NOVENTA

Las intenciones anti-mexicanas de William Randolph Hearst, cuenta la historia, comenzaron a mostrarse a partir de la caída de Porfirio Díaz, quien había sido muy amigo de George Hearst (padre del magnate de la prensa norteamericana) a partir de cuya relación pudo hacerse del Barbicora Ranch y una buena cantidad de hectáreas a su alrededor, hasta que la revolución definió en otro sentido las cosas.

Cuando las fuerzas revolucionarias ocuparon tales posesiones y expulsaron al administrador de las mismas, a William Hearst le pareció un crimen al orden establecido, ante el cual sólo podía responderse con la invasión armada. Desde ese momento, sus exigencias al gobierno de Woodrow Wilson por el restablecimiento de «la ley y el orden» en México se multiplicaron en periódicos de la misma cadena como el *American Journal*, que planteaba:

²³ Ver resumen del estudio en HAMERLINK, Cees J., *Op. cit.*, pp. 246 a 249.

¿No es hora ya de que las tropas norteamericanas realicen una empresa de carácter permanente? ¿No se alcanza algo verdaderamente duradero con expediciones eventuales! La única manera de impresionar a los mexicanos, consiste en reprimirlos. ¿No queremos continuar capturando a este o a aquel bandido! ¿Nuestro deber está en marchar sobre México, y todo lo que nos adentremos en él quedará definitivamente bajo nuestros pies!²⁴

Desde luego, no sólo como resultado de la voluntad de Hearst, pero sí posiblemente estimulado eficientemente por su prensa, eventualmente el presidente Woodrow Wilson invadiría territorio mexicano en dos ocasiones: 1914 y 1916, marcando con ello un nuevo siniestro acontecimiento en la historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos.

No obstante, como agrega también la historia, estas acciones de Hearst fueron sólo un prolegómeno de otras mejor entretejidas hacia finales de 1927, cuando Plutarco Elías Calles era presidente. Para ese entonces ya el poderoso editor había enviado a su redactor Frazier Hunt a ver al general Calles, con el objeto de saber de las intenciones de éste de llevar adelante una expropiación de las tierras mexicanas en manos extranjeras.

Al parecer la respuesta fue tranquilizadora, por lo que coincidieron tanto Hearst como el magnate financiero Morgan en enviar a México, previas formalidades que daban cuenta de la importante influencia del banquero y del periodista en el gobierno estadounidense en turno, al millonario Dwight Morrow, amigo personal de Morgan, presentando este último a la vez un plan “para situar a México en una total dependencia norteamericana, sin necesidad de derramar sangre, sólo por medio de préstamos de dólares y bajo un fuerte yugo de impuestos e intereses”.²⁵

Hacia fines de 1927, empero, Calles se vio obligado a promulgar nuevas leyes agrarias, lo que cayó como un rayo sobre los consorcios norteamericanos, por lo que de inmediato el presidente mexicano fue calificado de “bolchevique” por la prensa Hearst, creándose un pacto entre el editor californiano con la empresa Sinclair Oil Co. y con Edward L. Doherty, el magnate petrolero más influyente en México, con el objetivo de derrocar a Calles y obligar al gobierno norteamericano a intervenir en México, bajo el prurito —aparecido en los periódicos de la Cadena Hearst— de que “El enemigo más fuerte del pueblo norteamericano está en la otra orilla del Río Grande”.²⁶

Detalles aparte, el ejemplo de Hearst da cuenta de la manera cómo la gran prensa norteamericana bien podría llegar a actuar en un momento dado, ante una circunstancia en donde los intereses de ahora más grandes y poderosas corporaciones se pusieran en juego en México.

De entonces a la fecha han pasado más de seis décadas y el mundo es hoy desde luego mucho más complejo. México también, como lo demues-

²⁴ Citado en HONIGMANN, Georg. *El ciudadano Hearst*, Presencia Latinoamericana, S.A., México, 1981, p. 151.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ *Ibidem*.

tran sus actuales problemas. Y a pesar de que los intereses norteamericanos hayan crecido como nunca antes en el país, es inviable considerar que una posible "campana contra México" implique por el momento visos de "guerra armada" o ser capitaneada por sólo un consorcio periodístico. Además, elementos crecientemente dinámicos resultado de un mundo cambiante se encuentran involucrados. Algunos incluso mucho más preocupantes que nunca en el pasado, para distintos sectores norteamericanos.

Ello es así porque en el marco actual de los problemas mexicanos, como se entiende, no sólo está presente una problemática financiera latinoamericana o ni siquiera sólo la problemática estructural del capitalismo mundial todo. Adicionalmente a la grave crisis económica que se inició en los setenta y se agravó en los ochenta, diversos cambios en la correlación internacional de fuerzas y sus repercusiones para la crisis general en los Estados Unidos y en América Latina, dan cuenta de un mucho más complejo panorama social y político latinoamericano.

El derrocamiento sandinista de la tiranía de los Somoza en Nicaragua, la llegada al poder del Partido de la Nueva Joya en Granada, el creciente conflicto salvadoreño y guatemalteco, la complicada situación en Colombia y otros países donde, como en Argentina, Brasil, Uruguay y posteriormente en Haití, las fuerzas democráticas comenzaban a ganar la delantera a las dictaduras, ofrece a principios de los ochenta un nuevo marco en el desarrollo de las relaciones interamericanas, tradicionalmente bajo el dominio norteamericano.

Sobre todo, un nuevo gobierno *independiente* en Nicaragua, con el antecedente de una Cuba revolucionaria, dio lugar a múltiples preocupaciones y especulaciones por parte de diversos sectores conservadores norteamericanos, para quienes la insurgencia centroamericana comenzaría tarde o temprano a llamar a las propias puertas de los EUA, supuestamente amenazando su seguridad nacional. Así, la teoría del dominó permearía a partir de ese momento, en el contexto de la grave crisis económica que sufría México a partir de 1982, las relaciones binacionales.

La visión norteamericana de un México "al borde del precipicio", que se desgajaba cual última ficha del tablero geopolítico centroamericano, comienza entonces a campear como expresión de esas preocupaciones y especulaciones. También, hasta donde ello era necesario, comienza a ser utilizada por diversos sectores ultraconservadores, no sólo como un recurso propagandístico más en sustento de un «mundo libre» según es concebido por ellos mismos, sino a la vez en favor de mayores perspectivas de transnacionalización, como un factor de presión y negociación en la búsqueda de una mayor apertura económica nacional, recurso supuesto para la solución de la crisis por la vía de la desnacionalización.

Es en estas condiciones en que la pregunta ¿qué papel y qué alcance tendría la prensa norteamericana en el caso de una crisis social y política de gran envergadura en México? se vuelve esencial en la perspectiva de las relaciones entre ambos países.

A estas alturas es claro que en el debate norteamericano sobre México

de principios y mediados de los ochenta, distintos personeros como el embajador Gavin o el senador Helms cumplen un papel de primer orden. A partir de ellos se genera una amplia polémica, de la cual diversos medios masivos de comunicación se hacen partícipes. No son los medios pues, los iniciadores de la polémica, sino sus continuadores a la manera de caja de resonancia de las preocupaciones sobre México, en la cual cumplen un papel de informadores muchas veces objetivos, pero a la vez de instrumento para canalizar diversas presiones hacia el gobierno mexicano y aun en ciertos momentos también apoyo a las negociaciones que se desarrollan en torno a cuestiones comerciales y en general estructurales de México, en sus relaciones económicas con los EUA.

En el caso de la "guerra contra México" llevada adelante por la Cadena Hearst tanto en la segunda década de este siglo, como aquella iniciada en la época del presidente Calles, al final de cuentas el resultado de las intenciones fue limitado por cuanto a los intereses particulares del magnate del periodismo, dado que Hearst mismo, eventualmente, se vio obligado a negar ante el Senado la veracidad de documentos que imputaban al gobierno mexicano y a senadores y periodistas norteamericanos un caso de soborno internacional. Sin embargo, su impacto fue importante en la medida en que, a propósito también de ello, grandes intereses de los consorcios norteamericanos se preservaron en el país, a la vez que lograron éstos un mayor predominio en su economía.

En los más recientes casos de 1982 y 1986, resulta cuando menos sugerente hablar de aquello que en un momento dado se consideró una *campaña contra México* no derivó en una desestabilización política de trascendencia histórica, pero sí probablemente coadyuvó a crear condiciones políticas y aun diplomáticas para la aceptación final de una estrategia de mayor apertura de la economía que el capital trasnacional ha pretendido llevar adelante en países como el nuestro durante los últimos años, como parte del proceso de *globalización* e *integración en un sólo mercado*, para beneficio de intereses monopolistas fundamentalmente norteamericanos.²⁷

En este sentido, a través de la presión periodística desarrollada a lo largo de todo ese tiempo bien pudo haber resultado factible un trabajo de formación de opinión en altas esferas dirigentes del país, proclive a la más fácil aceptación de tesis económicas acordes con esa estrategia que, por lo demás, tiempo después se ha venido a consolidar en México como una tendencia clara de política económica.

Como lo indica Bailey en el estudio mencionado: "... el hecho importante es que a través de mecanismos de ampliación y retroalimentación la atención de los medios noticiosos de Estados Unidos complicó la política interna de México en momentos críticos ..." ²⁸, creando, ¿por qué no?,

²⁷ Ver del autor de la presente ponencia "México-Estados Unidos, La estrategia norteamericana hacia los noventa" en Revista *Estrategia*, núm. 89, sept-oct., México, 1989.

²⁸ *Op. cit.*, p. 80.

mayores ilusiones en las perspectivas de solución de la problemática nacional por el camino transnacional. Ello bien pudo llevarse a cabo porque la prensa y en general los medios de información norteamericanos tienen en nuestros días, tanto dentro de los EUA como en el resto del mundo, un efecto político extraordinario, tanto mayor en la medida en que los alcances de la comunicación internacional son muchísimo más vastos que los de hace varias décadas.

Y ello podría muy bien ser posible a futuro, dado que los intereses que hoy tienen en México las corporaciones transnacionales industriales, comerciales y de servicios, poseen raíces mucho más profundas de las que tuvieron a principios del México moderno, en una etapa como la actual por cierto crucial, en la cual nuestro país y nuestro pueblo pugnan por construir su futuro anteponiendo la defensa de su soberanía, como condición sin la cual no sería posible sobrevivir nacionalmente.

En esta perspectiva y en la medida en que la crisis no es una quimera del pasado sino una realidad todavía vigente y sin posibilidades claras de solución, no es exagerado esperar que nuevos conflictos internos deriven en discusiones quizás todavía más ásperas respecto a la situación política mexicana en la gran prensa norteamericana, con los consecuentes resultados de ello. Como también lo indica el propio Bailey: "Puesto que los dos vecinos tratan de acomodarse en un marco distinto bilateral y global, es de esperarse que futuros episodios conflictivos sean magnificados por los medios de difusión".²⁹

De ser así, evidentemente su efecto ulterior coadyuvaría a provocar sin duda también problemas en torno de la propia *seguridad nacional* de México, con resultados imprevisibles no sólo para el país, sino también para los mismos Estados Unidos.

²⁹ *Ibidem.*